

XXIV

Quinto y último matrimonio del tío Alifafes

LA CAZA

Los ladridos de los perros y el ruido de los cuernos me despertaron á las cinco de la mañana. Creí que estaba todavía en el Haya en un día de caza del rey Guillermo en el parque de Loo.

Pero nada de eso : estaba á cuatro mil millas poco más ó menos de Holanda, á orillas del lago de la Laguna, é íbamos de caza á las montañas de Filipinas.

La caza que íbamos á perseguir era el ciervo, el jabalí y el búfalo, y la que probablemente iba á perseguirnos, el tigre, el cocodrilo y el ibitín.

Por lo que hace al tigre, tenía yo una cosa que podía avisarme su proximidad, pues como hiciera yo levantar un pavo real ó una manada de ellos, ciertamente podía calcular que el tigre no estaba lejos.

Por lo que hace al cocodrilo, tenía mucho cuidado, cuantas veces me acercaba al lago, de examinar los troncos tendidos en la orilla. Estos troncos son casi siempre cocodrilos, que tienen un sueño muy ligero y que atrapan una pierna, un brazo ó una nalga al que pase por su lado.

El ibitín es otra cosa ; es un reptil de treinta pies de largo, primo hermano del boa, que se enrosca en los árboles como una gruesa enredadera, se queda un momento inmóvil, y luego, en el instante en que menos se piensa, se deja caer sobre un ciervo, jabalí ó búfalo,

lo estruja contra un árbol en carne y hueso, lo alarga y se lo traga.

Por supuesto que con un hombre hace lo mismo, y que cuando se le ofrece la ocasión, se come indiferentemente al tagalo, al chinó ó al europeo.

El hombre, por su parte, tiene un medio muy sencillo para librarse de él ; pero es menester saber emplearlo : basta con llevar un cuchillo de monte en el cinto, cuchillo tan cortante como una navaja de afeitar, y como el ibitín no es venenoso y se contenta con ahogar al que se le pone á la vista, se pasa por entre uno mismo y alguno de los pliegues que forma alrededor del cuerpo el citado cuchillo de monte y ¡ crac ! saándole, se le parte en dos pedazos.

En el momento de partir, me ciñó mi huésped un cuchillo de caza magnífico, con el que había ya descuartizado á dos ó tres ibitines.

Por lo que hace á las serpientes venenosas, como no hay remedios que curen sus heridas, era inútil el trabajo de buscarlos.

Hacia dos meses que Mr. de la Géronnière había perdido á una preciosa tagala de diez y seis á diez y ocho años, á la que creía arrebatada por algún tigre, devorada por algún cocodrilo ó ahogada por alguna serpiente. Había salido la pobre Schimindrá una tarde y no había vuelto, y aun cuando se hicieron las mayores diligencias, todas fueron infructuosas.

Confieso que cuando mi huésped me enumeró todos los riesgos que teníamos que correr en nuestra partida de caza, se me figuró que la caza era el placer más caprichoso del mundo.

Fuimos á caballo hasta el sitio de la batida, y llegados allí, echamos pie á tierra y nos entramos en el bosque.

La primera caza que ví levantarse, fué un magnífico enjambre de pavos reales. Observé con detención el punto

de donde partían. Di un gran rodeo y tuve la satisfacción de no incomodar al tigre, cuya proximidad me habían anunciado tan magníficas aves.

Á los diez minutos sonó un tiro : Mr. de la Géronnière acababa de matar á un ciervo.

— Yo también oí un gran ruido junto á mis pies, vi el movimiento de la meleza á diez pasos de distancia y descargué á la buena de Dios. No diré que mi bala encontró al jabalí ; pero sí que el jabalí encontró mi bala.

Recibí mil enhorabuenas ; acababa de descargar un soberbio tiro.

Había matado muy bien á un solitario. ¿ No es así como llaman en vuestra tierra á los jabalíes viejos ?

Yo hice un signo afirmativo con la cabeza.

La jauría se apoderó de mi jabalí : se cargó en los hombros de cuatro tagalos y se me animó á que prosiguiera en mis empresas, asegurándoseme que en el primer golpe me había portado como maestro.

Caballero, nada hay que tanto eche á perder al hombre como la lisonja.

Tan cierto es esto, que ya se me figuraba que habiendo matado á un jabalí, sería capaz también de matar un tigre, un rinoceronte, un elefante, y me puse en marcha internándome en el bosque y no deseando otra cosa que luchar cuerpo á cuerpo con todos los monstruos de Filipinas.

Embriagado en esta idea, no reparé que poco á poco me iba separando del lugar de la caza. Me habían dicho que debíamos ir cuesta arriba durante dos horas por lo menos, y noté que iba yo cuesta abajo cuando no llevaba todavía más que tres cuartos de hora de camino.

De repente, y como á treinta pasos de distancia, oí un berrido terrible.

Me volví hacia el lado por donde había sonado y ví un búfalo.

¡ Oh ! ¡ qué buena proporción era aquella ! Pero como noté que me temblaba, sin saber por qué, el fusil en las manos, lo apoyé en la rama de un árbol y solté el gatillo.

Apenas disparé cuando ví dos ojos sangrientos que venían hacia mí, mientras que los hinchados carrillos del animal labraban el suelo como una reja de arado.

Solté mi segundo tiro ; pero éste en vez de detener la rapidez del animal, la aumentaba el parecer.

No tuve tiempo más que para soltar mi fusil, agarrarme á la rama de un árbol á cuyo pie estaba, y elevarme con impulso gimnástico á la altura de aquella rama, desde la cual pasé á las más elevadas.

Mas aunque había llegado á aquel sitio, aun no me había librado de mi dichoso búfalo, el que, no pudiendo alcanzarme por aquellas alturas se puso de centinela junto al tronco. Durante los diez primeros minutos, le decía : ¡ Da vueltas ; da vueltas, tonto ! ¿ No ves que me burlo de ti ?

Pero en los diez minutos siguientes empecé á comprender que el asunto era más serio de lo que me había presumido, y al ver después que había pasado una hora en el mismo estado, comprendí por la tranquilidad con que daba su vuelta alrededor del árbol, que estaba decidido á guardarme mientras no pudiera ser mi verdugo.

Y en efecto : de vez en cuando levantaba la cabeza hacia mí y me miraba con sangrientos ojos, mugiendo en tono de amenaza, y luego se ponía á pacer la hierba que brotaba al pie del árbol, como diciéndome : ¡ Ya lo ves ! tengo cuanto me hace falta : la hierba para saciar el apetito ; rocío de la mañana y de la tarde para apagar la sed ; pero tú, animal carnívoro, como no estás acostumbrado á nutrirte con hojas, necesitarás bajar hoy ó mañana, ¡ y cuando bajes, haré tras, tras, con mis pies,

y zis, zas, con mis cuernos, y pasarás un mal rato ; ¡vaya !

Afortunadamente el tío Alifafes es un mocetón que no se anda en rodeos cuando hay que tomar una resolución, y dije para mi sayo : Alifafes, amigo mío, ¡mientras más te detengas, peor ! Concédele una hora al búfalo para que se vaya, y dentro de una hora si todavía no se ha ido, ¡cáspita ! si no se ha ido, ya verá lo que le pasa.

Miré el reloj y ví que eran las once : dije, pues bien : nos veremos después, á las doce.

Como ya me lo había yo sospechado, el búfalo, en vez de dejar el árbol, continuó haciéndole centinela, levantando de vez en cuando el hocico y mugiendo con todas sus fuerzas. De diez en diez minutos miraba yo mi reloj y bebía un trago de mi calabaza. Á los cincuenta minutos le dije : Cuidado con ella, amigo mío ; no te quedan más que diez minutos, y si dentro de diez minutos aun no te has ido, no te irás solo, sino que nos iremos juntos. Pero á los cincuenta y nueve minutos, en vez de irse, se echó, colocando la cabeza al pie del árbol, abriendo las narices y alzando una que otra vez hacia mí sus rencorosas miradas, como quien dice : ¡ Ah ! tenemos para un rato : vamos, tranquilízate.

Mas yo lo tenía decidido de otro modo. Al completarse la hora me bebí cuanto ron quedaba en mi calabaza ; un trago famoso. Me puse el cuchillo entre los dientes y ¡ zas ! salté al suelo calculando la distancia de tal modo que vine á caer á dos pies de los cuartos traseros del animal, y le agarré la cola con la mano izquierda como había visto hacer á los toreros de Cáliz y de Río Janeiro.

Por muy listo que fuese el búfalo, yo no lo era menos, y cuando él se levantó, estaba ya pegado á su cola : dió dos ó tres vueltas con su cuerpo, pero éstas me sirvieron para liar más sólidamente su cola á mi brazo. Viendo entonces que mientras la tuviese fuertemente agarrada,

no podría tocarme con los cuernos, empecé á tranquilizarme, al paso que él empezó por el contrario á berrear con todas sus fuerzas, más de cólera que otra cosa.

— ¡ Calla ! ¡ calla ! le dije ; ¡ hola ! estás berreando de cólera, ¡ pues bien ! ahora vas á mugir de dolor.

Y agarrando mi cuchillo, ¡ tras ! se lo zampé en el vientre.

¡ Oh ! y según parece le toqué en parte sensible, porque se levantó como caballo que se encabrita, y se lanzó hacia adelante con tan violenta é inesperada sacudida, que estuvo á punto de llevarme el brazo ; pero yo me hice firme ; me dejé llevar y ¡ zas ! ¡ zas ! lo acribillé á cuchilladas. ¡ No os deseo que corráis por aquel estilo ! No duró la carrera más de un cuarto de hora y en este cuarto de hora anduve dos leguas por entre malezas, pantanos y arroyos ; no parecía sino que iba pegado á la zaga de un locomotor. Y ¡ zas ! ¡ zas ! yo seguía haciendo heridas y diciendo : ¡ ah, bribón ! ¡ ah, picaro ! ¡ ah, malvado ! ¿ quieres destriparme ? ¡ pues ! ¡ toma ! ¡ toma ! Así es que ya no estaba furioso, sino rabioso, y tan rabioso que al llegar á la cima de una roca tajada, sin decir una, dos y tres saltó con intención de matarme : pero yo que ya lo había adivinado, lo solté. Me quedé arriba, mientras él bajaba : ¡ pataplum !

Alargué la cabeza y miré hacia el pie de la roca : en aquel precipicio estaba el búfalo tendido y muerto. Á decir verdad no estaba yo mucho mejor, porque me hallaba molido, arañado, desgarrado y lleno de sangre : mi única fortuna era que no se me había roto ningún hueso.

Me levanté como pude, corté un arbustillo para sostenerme, y me dirigí á un arroyo, cuya superficie vi brillar, como á cien pasos de distancia, por entre los árboles.

Así que llegué á su orilla, me arrodillé y empecé á

lavarme la cara, cuando oí una voz que gritaba en francés : — ¡ Socorro ! ¡ socorro !

Me volví hacia donde sonaban los gritos y vi una joven casi desnuda, que venía hacia mi con los brazos tendidos y con las señales del más terrible espanto. Venía persiguiéndola un negro que tenía un palo en la mano y corría con tanta agilidad, que aun cuando estaba á cien pasos de ella, la alcanzó en un momento, la cogió en brazos y se la llevó á lo más espeso del bosque.

El aspecto de aquella joven que pedía socorro en francés, el doloroso acento con que me había llamado y la brutalidad del negro que se la había echado al hombro y se la llevaba á lo más intrincado del bosque, todo concurrió á darme fuerzas : olvidé mis fatigas y seguí sus huellas gritando : ¡ Detente ! ¡ detente !

Pero el raptor, viéndose perseguido á su vez, duplicó su energía, y su carrera no era menos rápida porque llevase encima aquel peso. Era para mí incomprensible que aquel hombre estuviese dotado de tanta fuerza, y decía para mi sayo que tal vez tendría que arrepentirme después de haberla echado de caballero andante.

Entretanto corría yo siempre á la misma distancia del negro sin ganar terreno, y no sé si hubiera logrado alcanzarlo á pesar del empeño que ponía en ello, si la desgraciada al pasar por una rama que estaba á su alcance, no la hubiera cogido con tal fuerza que su raptor tuvo que pararse, agarrándola por la cintura y haciendo todos los esfuerzos imaginables para obligarla á soltar la rama, mientras ella continuaba gritando : — ¡ Socorro ! ¡ socorro ! ¡ por Dios, no me abandonéis !

Ya estaba yo á veinticinco ó treinta pasos de ella, cuando el negro, viendo que iba á ser atacado, resolvió, según parece, tomar la iniciativa, y soltando á la joven, se vino hacia mi con el palo levantado.

En tres saltos se me puso delante : no pude menos de lanzar un grito de asombro : lo que yo había creído que era un negro, era un mono.

Afortunadamente yo tenía también un palo, y como sabía jugarlo con bastante soltura ; pronto me puse en defensa, porque de agresor me había convertido en atacado.

Por su parte la joven, desde el momento en que se había visto libre, había descrito un gran círculo con sus pasos y había venido á buscar un abrigo á mis espaldas, gritándome luego : ¡ Ánimo ! ¡ valor, caballero ! ¡ Libradme de ese monstruo ! ¡ No me abandonéis !

Mientras que hacía molinetes para parar los golpes del contrario y le daba de punta en el pecho golpes que le hacían chillar, pero que no le quitaban las ganas de seguir la lucha, tuve lugar de observarlo bien. Era un pícaro monazo, muy velludo, que tenía seis pies de alto, y barba pardusca y que manejaba el palo con tanta destreza y actividad que estuvo á punto de salir triunfante. Felizmente para honor de la ciencia no sucedió esto ; sino que á los diez minutos de estar luchando, viéndose con los dedos rotos, el estómago desgarrado y ensangrentado el hocico, empezó á batir retirada ; verdad es que esta retirada sólo tuvo por objeto el aproximarse á un árbol ; subió rápidamente á él no para fijarse en aquel sitio, sino para arrojarse de arriba abajo sobre mí. Afortunadamente vi el movimiento y adiviné el proyecto ; saqué mi cuchillo y con él en la mano extendí el brazo por encima de mi cabeza. Los dos movimientos, el de ataque por la parte del mono y el de defensa por la mía, fueron instantáneos. Sentí en mi cabeza un peso que no pude sostener, y mi contrario y yo caímos en el suelo ; pero fui el único que se levantó, porque mi cuchillo le había atravesado el corazón.

El animal lanzó un chillido, mordió la hierba con sus

dientes, desgarró la tierra con sus uñas, dió dos ó tres movimientos convulsivos y expiró.

¡ Vaya ! cuidado si la caza es cosa divertida ! ¡ Lléveme el diablo si vuelvo á meterme en otra !

— ¿ Sentís mucho el haber venido de caza ? preguntó una dulce voz á mis espaldas.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! nada de eso, respondí volviéndome : no lo siento, supuesto que he podido seros útil, hermosa niña ; pero ¿ á qué diablos estáis en el bosque, qué placer halláis en vivir con un mono, y cómo es que habláis en francés ?

— Estoy en el bosque, porque me han traído ; ningún placer hallaba en vivir con un mono, supuesto que os llamé para que me libraseis de él, y hablo francés porque he sido camarera de Mad. de la Géronnière.

— Según eso, exclamé, os llamáis Schimindra.

— Sí.

— ¿ Sois la joven que se desapareció hace dos meses ?

— Sí ; pero contestadme también : ¿ cómo es que sabéis mi nombre ? ¿ cómo es que sabéis mi aventura ?

— Porque Mad. de la Géronnière me ha contado vuestra aventura y me ha dicho vuestro nombre.

— ¿ Conocéis á Mr. de la Géronnière ?

— Cazando estoy con él. Se halla en este bosque, pero hacía donde, eso es cosa que no sé ; porque, os lo confieso, estoy perfectísimamente perdido.

— ¡ Oh ! no os dé cuidado por eso, conozco muy bien los caminos.

— Pues entonces, si sabiais el camino, ¿ por qué no volvisteis á la casa ?

— Porque ese maldito animal no me perdía de vista ni de día ni de noche. He hecho mil tentativas inútiles para huir ; y si la Providencia no os hubiera enviado á este arroyo, es muy probable que jamás hubiera vuelto á ver las casas de los hombres.

— Pues bueno, le dije, si queréis, preciosa Schimindra, volveremos cuanto antes á las casas de los hombres, porque creo que allí estaremos más seguros que aquí.

— Corriente ; estoy pronta á seguiros ; pero antes permitidme que os diga un secreto con el que espero recomendar la buena acción que acabáis de hacer.

— ¡ Oh ! ¡ ese no vale nada !

— El horrible animal de que acabáis de librarme, pertenece precisamente á la raza de monos de que habréis oído hablar mucho ; de los monos que producen bezard.

— ¿ De veras ?

— Podéis muy bien cercioraros de ello mientras que voy á reparar el desorden de mis vestidos con algunas hojas de coco.

Miraba á la hermosa Schimindra, cuyo vestido tenía en efecto necesidad de reparación, y lo confieso, me bastó con la idea de que aquel desorden provenía de un mono para que no tuviese deseos de aumentarlo.

Indiqué, pues, á la hermosa Schimindra que podía entregarse á la deseada recomposición, y lleno de curiosidad, temor y esperanza, empecé, con ayuda del cuchillo, que de tanto me había servido en aquel día, á proceder á la autopsia del enemigo.

No me había engañado Schimindra : hallé en las entrañas del mono una hermosa piedra azul, con vetas doradas y del tamaño de un huevo de paloma.

Era un bezard de los más magníficos que pueden existir.

— Ahora, me dijo la joven, si algún consejo debo daros, es que no digáis á nadie que poseéis tesoro semejante ; porque os quedaríais pronto sin él, aun cuando fuera preciso asesinaros para robároslo.

Di gracias á Schimindra por el aviso, y como la muy coqueta se había cubierto lo más importante de su cuerpo con hojas de coco, como nada teníamos que hacer en el bosque, y como yo tenía gran deseo de salir de él, supli-

qué á Schimindra que me sirviese de guía y tomásemos el camino más corto para volver á casa.

Dos horas después llegábamos á Hala-Hala con gran admiración y aun mayor alegría de todos los convidados de la casa, quienes creían que me había perdido como Schimindra, y que me veían entrar con ella.

Conté mis aventuras; Schimindra contó también las suyas: pero ni uno ni otro dijimos una palabra sobre el bezard.

XXV

Quinto y último matrimonio del tío Alifafes

VANLY-TCHING

Ocho días después de haberme instalado en Binondo y teniendo absoluta necesidad de una mujer de gobierno para ponerla al frente de la casa, había pedido la hermosa Schimindra á Mr. de la Géronnière, quien me la había cedido generosamente.

Ya había hecho mi elección: el ramo de comercio que había elegido era el de cigarros de Manila, el cual, aun en Europa, sostiene dignamente la concurrencia con el tabaco de la Habana, y en todos los mares de India obtiene la preferencia.

Lo que me hizo decidir por este ramo, fué el saber que la hermosa Schimindra era quien estaba encargada de la parte de cigarros en casa de Mr. de la Géronnière. Resolví, pues, para que fuese más productivo el negocio, en vez de comprar el género labrado, hacerlo labrar á mis expensas, y poner á Schimindra al frente del establecimiento.

Nada fué más fácil: se armó un tinglado en el jardín; Schimindra se arregló con diez tagalas jóvenes, de las que algunas procedían de la fábrica real de Manila, para que fuesen á casa desde el mismo día siguiente, y tuve el gusto de ver que se empleaba la mayor actividad en mi empresa.

Gracias á la continua vigilancia de Schimindra y al conocimiento de sus deberes, nada tuve que hacer más que pasearme, y esto fué lo que me perdió.

Parece mentira que una palabra, dicha al acaso, y aun cuando no tenga sentido común, se plante algunas veces en el espíritu y germine en la cabeza. Ya os acordaréis de las cuatro palabras que Mr. de la Géronnière me había dicho una noche, mientras que estábamos cenando, acerca de las mujeres chinas y del quinto matrimonio proyectado por él: pues bien; no pasaba un día ni mucho menos una noche sin que yo pensase en la tal idea. Apenas me acostaba, apenas cerraba los ojos, apenas me quedaba dormido cuando veía desfilar por delante de mi cama una procesión de chinas, enseñándome unos pies... unos pies que podían gastar por zapatos las chinelas de Cendrillon; y notad al mismo tiempo que tenia en mi casa á Schimindra, la cual era lo que se llama una buena moza, y en la parte de fábrica, diez diablillos con faldas, de los que el más feo, con sus ojazos negros, con sus aterciopeladas pestañas, con... en fin contar lo que ellos tenían, hubiera trastornado el juicio á cualquier parisiense, y sin embargo yo no pensaba más que en chinerías.

Resultaba de aquí que desde que me levantaba me iba al barrio de los chinos, entraba en todas las tiendas, compraba abanicos, porcelanas y mamparas, aprendiendo aquí dos palabras chinas, allá cuatro, farfullando todo género de cumplimientos á los piecitos que se quedaban ocultos bajo los largos vestidos, y volviendo por la

noche más decidido que nunca á dejar á un lado mi capricho chinesco.

Entretanto había tropezado yo con una lindísima vendedora de té, que poseía uno de los mejores almacenes de Binondo, y de la que me había enamorado principalmente por el modo que tenía de comer arroz, sirviéndose para ello de una de esas agujas de calceta, que entre las damas chinas hacen las veces de cuchara y de tenedor; no era ya destreza, era truhanería, y creo que era por puro coquetismo por lo que la hermosa Vanly-Tching pedía un plato de arroz cocido con manteca cuando había delante personas extrañas.

Advertiré de paso que las dos palabra Vanly-Tching significan *diez mil lirios*; por donde se ve que los padriños de mi china habían sido justos y le habían puesto un nombre que estuviese en armonía con su notable hermosura.

Me informé de la hermosa china preguntando al corresponsal, y este á la primera palabra que pronuncié, levantó el dedo á la altura de mis ojos y exclamó:

— ¡ Ah, bribonzuelo !

Lo cual quería decir: — ¡ Vamos, vamos ! No tenéis tan mala mano para escoger cuando de buenas á primeras ponéis el dedo en ésa: ¡ perfectamente !

Comprendí que se me decía esto y no quise insistir en mis preguntas: entonces supe que la hermosa Vanly-Tching era una huerfanita china que había sido recogida por un médico famoso, quien se había enamorado de ella cuando ella tenía doce años y se había casado con la misma aun cuando tenía sesenta y cinco. La Providencia no quiso que durase mucho tiempo aquel matrimonio tan desproporcionado, y á los tres meses había muerto el bueno del médico de resultas de una enfermedad que no pudo comprender; pero murió con la mayor felicidad, porque ningún hombre podía lisonjearse de que le

hubiesen asistido con un cuidado mayor que con el que le asistió su joven y digna esposa, por lo cual la había nombrado heredera de sus bienes: nada menos que dos ó tres millones de rupias. Era harto mezquina recompensa del afecto con que le había asistido la viuda durante su enfermedad, y especialmente del dolor que había manifestado después de su muerte.

Con estos tres millones de rupias que acababa de heredar puso en el barrio menos ruidoso de la ciudad una tiendecita de abanicos, que gracias á su economía é inteligencia, prosperó de una manera asombrosa.

Pero lo más notable en aquella viudez prematura de la hermosa Vanly-Tching, era que en vez de hacer caso de los elegantes de Binondo y de perder con una imprudencia la reputación de honestidad que se había adquirido, no había querido recibir nunca más atenciones que las de un antiguo mandarín, amigo de su marido, quien iba todos los días á llorar la pérdida que ambos habían sufrido. De estas visitas diarias resultó que la viuda y el mandarín se acostumbraron á llorar juntos, una á su esposo y otro á su amigo, hasta que se supo un día que, para llorar el difunto más cómodamente, iban á casarse aquellos dos seres inconsolables.

Así es que al año de la muerte del primer marido estaban ya casados; pero ya reunidos y puestos el uno delante del otro todo el santo día de Dios, parece que los recién casados lloraron tanto, que el mandarín, como tenía cincuenta años no pudo resistir aquel diluvio de lágrimas y á los dos meses se fué al otro mundo.

La hermosa Vanly-Tching, que no tenía más que quince años, sufrió lo mejor que pudo su dolor y aun cuando tuvo que llorar por la muerte de dos maridos, volvió á presentarse á la sociedad, más hermosa y resplandeciente que nunca, al través de sus lágrimas.

Había heredado del mandarín quinientas ó seiscientas

pagodas (1), de modo que con aquel aumentillo de riqueza se pudo lanzar á una calle más *fashionable* y meterse en un comercio más vasto : pasó, pues, de los abanicos á las porcelanas, y la fama de la hermosa comercianta empezó á extenderse por Binondo.

Y tanto se extendió que el juez de Binondo, que había sido amigo de su primero y segundo marido y que había podido así apreciar la felicidad del doctor en sus tres meses de matrimonio y del mandarín en los dos del suyo, se puso en tren de consolarla. Vanly-Tching decía que le parecía imposible, porque su sentimiento era profundo en extremo ; pero como el juez insistió, concluyó por responder que se prestaba á hacer la prueba.

Al año se verificó el matrimonio, pues aun cuando no es rigurosamente necesario este plazo, Vanly-Tching era tan fiel observadora de las conveniencias, que por nada de este mundo hubiera consentido en que trataran de consolarla antes del citado término. Pero el juez no tuvo la satisfacción de llegar á consolarla completamente, porque un mes después del matrimonio y al día siguiente de otro en que había heredado una cuantiosa suma de un pariente lejano que tenía en Macao, y en que había dado una comida á varios amigos suyos para celebrar tan feliz acontecimiento, murió de una indigestión de nidos de golondrinas. Antes de morir declaró que el mes que acababa de pasar había sido el más feliz de su vida.

La hermosa viuda pudo, en virtud de la herencia recibida por el marido antes de morir, extender más su comercio y fundar en la calle principal de Binondo el magnífico almacén de té en que la había visto meneando la cabeza y comiendo arroz.

Todos estos pormenores, como ya lo comprenderéis muy bien, acabaron de trastornarme el juicio. La hermosa

(1) Moneda de oro de la India.

Vanly-Tching había sido viuda con abundancia ; pero tan escasamente casada, que sin duda era ella la huri con quien había soñado tan agradablemente. Manifesté, pues, á mi corresponsal el vivo deseo que tenía de ser su cuarto marido y de tomarla por mi quinta mujer.

Nada se enseña á las mujeres cuando se les dice que se les ama, porque ellas saben nuestro amor antes que nosotros ; y la hermosa Vanly-Tching, sin mostrarse admirada al oír mi petición, me respondió, por el contrario, que la estaba esperando.

Con esto me bastó para comprender que su decisión me era favorable, y que yo no le desagradaba ; pero como siempre hay cierto amor propio en ser uno amado por sus dotes personales, ella temía que mi amor fuese más bien á sus dotes pecuniarios, y por tanto me dijo que si mis ganancias importaban tanto como las suyas ó más, creería en mi amor ; pero que si importaban menos, mis planes para con ella no serían hijos del amor, sino del interés.

Esto me pareció razonable en extremo, y por consiguiente le mandé á preguntar si quería que extendiese mi cálculo en francos, en rupias ó en pagodas. á lo que respondió que lo mismo le daba lo uno que lo otro porque conocía bien la aritmética de todos los países.

Como los cálculos no eran mi fuerte, preferí hacer mi cuenta en francos y le envié al día siguiente un estado en estos términos :

Cuenta exacta de lo que ha ganado en India y de lo que posee Gerónimo Francisco Alifafes :

En Ceylán, en la pesca de perlas	13,500 frs
En Goa, en el comercio de frutas	7,400
En Calcutta, en el cultivo de cardámomo	22,500
En Binondo, en la fabricación de cigarros	

Queda este punto en blanco por no haberse hecho aún la cuenta de los beneficios ni ser fácil hacerla todavía

Total 43,400 frs.

Ya veis que era bastante dinero, y que no había perdido el tiempo en los cuatro años que había salido de Monnikendam.

La viuda también hizo y me envió su liquidación. Hela aquí.

Cuenta de lo que ha ganado Vanly-Tching, comerciante de té en Binondo, en los diversos ramos en que ha comerciado :

En el ramo de abanicos	4,000 frs.
En el de porcelanas	17,000
En el de té	22,037
Total	43,037 frs.

Por donde se ve que toda la diferencia que había entre las ganancias de ambos no llegaba más que á 363 francos, y aun le llevaba yo ventaja supuesto que tenía en mi almacén cerca de doscientos mil cigarros listos para venta ó embarque.

Pero lo confieso ; en vez de envanecerme por esta ventaja, me alegré mucho de poseer más caudal que Vanly-Tching para compensar de este modo sus ventajas físicas.

Establecida esta superioridad y quedando claro y palpable que yo me casaba con Vanly-Tching por sus hermosos ojos, y no por los hermosos ojos de su caja, se determinó que el matrimonio se verificaría dentro de tres meses y siete días, que era, hora por hora, cuando terminaba el luto de la muerte de su tercer marido.

Y tuvo la delicadeza, permaneciendo sin embargo fiel á la memoria del juez, de no hacerme esperar ni siquiera un minuto.

XXVI

Quinto y último matrimonio del tío Alifan

EL COLERA

Bien pronto se esparció por Binondo la noticia de mi futuro matrimonio con Vanly-Tching y causó diferentes sensaciones en los habitantes de la población, acostumbrados hacia dos ó tres años á observar hasta los más pequeños movimientos de la hermosa china. Unos lo censuraron y otros lo aprobaron ; muchos, en fin, menearon la cabeza diciendo que el primer marido había muerto á los tres meses, el segundo á los dos y el tercero al primer mes, y que para que no se echase á perder el orden necrológico, debía yo morir en la noche del día de mi matrimonio.

Pero la persona que más sintió mi casamiento fué la pobre Schimindra. Me había mostrado tan obsequioso con ella que había concebido la esperanza de ser mi mujer. En un momento de desesperación me confesó hasta qué punto había sido ambiciosa, y le dí á entender pronta y fácilmente cuánto más valía la esposa de un doctor, de un mandarín y de un juez, que la viuda de un mono.

De aquí resultó que Schimindra se volvió á su humildad, confesó ingenuamente que nunca debía haber salido de ella, y sabiendo que su rival me había pedido un estado comprensivo de mis ganancias, se limitó á supli-

carme que no metiese en cuenta el consabido bezard. Como no había necesidad de tanto para igualar y aun exceder en bienes á mi linda futura, ningún trabajo me costó el prometérselo, y el bezard, colgado á mi cuello en una bolsita de cuero, continuó oculto además en el secreto que existía entre nosotros dos.

Como mi futura me permitía que fuese por las noches á hacerle la corte, pasaba el tiempo con increíble rapidez: yo hablaba muy poco en chino, ella muy poco en indostán y nada absolutamente en holandés ni en francés, de suerte que nuestras conversaciones eran puros gestos, lo que hacía á veces que, al expresarlos, fuese más osado que si me hubiera valido de palabras; mas debo decirlo en honra de la hermosa Vanly-Tching, conservó intacta la reputación de virtuosa que había adquirido, y aunque me concedía algunas bagatelas, jamás me permitió tomar nada á cuenta del matrimonio.

Llegó por fin el día.

La víspera había yo tenido un miedo cerval, porque en Cavita se habían observado muchos casos de cólera y uno ó dos en Binondo, y temía que Vanly-Tching quisiera por esta causa aplazar nuestro matrimonio; pero la hermosa china tenía gran ánimo y no dió importancia á este suceso.

El 27 de octubre fué el gran día: el 27 de octubre fué un día de fiesta para la ciudad de Binondo. Desde muy temprano había un tropel de gente á la puerta de la casa de Vanly-Tching: era la cuarta vez que se la veía atravesar por la ciudad con vestido de novia, y nadie se cansaba de verla.

Es costumbre que las novias chinas se paseen por la ciudad con un cortejo de música y canto, lo que se parece mucho, según me dijo un sabio holandés que vivía en Manila, á las antiguas comitivas griegas; pero hay una diferencia en el vestido de la novia; cuando ésta se casa por primera vez, lleva un espeso velo en el rostro

como señal de virginidad, y cuando se casa por segunda, tercera ó cuarta vez, se pásea á rostro descubierto.

Á rostro descubierto fué, pues, como se paseó mi novia, con gran satisfacción mía porque todo el mundo decía: ¡ Feliz Alifafes! ¡ Picarán Alifafes! ¡ Qué bribonzuelo es ese Alifafes!

El resto de la ceremonia es muy semejante á lo que se practica en Siam. Cuando los novios están de acuerdo, los padres del novio presentan á los de la novia siete cajas de betel (1), y ocho días después va el novio en persona y les presenta catorce; entonces se queda en casa del suegro en donde permanece un mes para ver á su futura y acostumbrarse á ella, pasado este término, llega el día en que debe de acabarse la celebración del matrimonio; en este día se reúnen los padres con los amigos más antiguos y ponen en una bolsa, éste unos brazaletes, aquél un anillo, y otro dinero; uno de ellos tiene en la mano una vela encendida y la pasa siete veces por la rueda que forman los circunstantes, mientras que los demás lanzan gritos de alegría, manifestando sus deseos de que disfruten de larga vida y perfecta salud los nuevos esposos. Á esto se sigue un gran festín, tras el cual viene una modesta colación de los novios á solas, y después, en fin, la consumación del matrimonio.

Nosotros nos habíamos dispensado todo este ceremonial. Vanly me había enseñado la cajita en que estaba encerrada toda su fortuna: yo le había enseñado mis créditos mercantiles visados por el corresponsal de mi capitán chino, pagables á la vista y al portador: nos dejábamos cuarenta mil francos para el superviviente, y esto valía más que siete cajas de betel y aun más que catorce.

Padres, ni uno ni otro los teníamos. La ceremonia de

(1) Planta de India que masean por gusto los de aquel país.

la bolsa y brazaletes, la de la bujía encendida y pasada siete veces por los circunstantes puestos en rueda, y la de los gritos de alegría expresándonos el deseo de larga vida y completa salud, se omitieron también.

Pero sostuvimos en todo su rigor la gran comida y la modesta colación.

El festín fué magnífico, Vanly lo había preparado; se componía de los más exquisitos platos; había allí de todas clases de comidas, y se bebieron grandes tragos de canchú, que nos servían á cada momento los criados, cargados con enormes cafeteras de plata: se brindó por el emperador de China, por el rey de Holanda, por la compañía inglesa y por nuestra feliz unión, y todo esto tomando la taza con las dos manos y haciendo ¡*chin!* ¡*chin!* es decir, meneando la cabeza de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como si fuéramos monos, y enseñando luego el fondo de la taza para demostrar que estaba vacía.

Durante la comida me miraba la hermosa Vanly como con inquietud y hablaba en voz baja á los que estaban cerca de ella. Por dos ó tres veces me dirigió la palabra para preguntarme con el acento más dulce que se puede imaginar:

— ¿Cómo os halláis, amigo mío?

— Muy bien, le respondí; muy bien.

Pero á pesar de esta seguridad, ella meneaba la cabeza y lanzaba tales suspiros que empecé á sentirme inquieto, y al levantarme de la mesa fui á mirarme en un espejo.

Aquel examen me tranquilizó, pues me vi radiante de alegría y de salud.

Pero, según parece, la concurrencia no me creía tan sano, pues dos ó tres convidados, antes de separarse de mí, vinieron á preguntarme, diciéndome:

— ¿Os sentís malo? Y á pesar de mi respuesta en

sentido negativo se fueron, apretándome tristemente la mano.

Hasta se me figuró oír pronunciar á media voz la palabra *cólera*; pero como pregunté si algún conocido mío había caído enfermo de cólera y me respondieron que no, creí haber oído mal.

Entretanto busqué á mi bella esposa, quien se me aproximó con inquietos ojos. Quise preguntarle el objeto de esta inquietud; pero se contentó con mirarme y volverse de espaldas enjugando una lágrima y murmurando: — ¡Oh! ¡Dios mío!

Me despedí de los convidados, que deseaba que se fueran cuanto antes, refregando mi nariz contra la suya, como lo preceptúa el uso. Mi corresponsal fué el último. Le refregué la nariz con más ardor que á los otros, porque ya recordaréis que él había mediado en nuestro matrimonio, y al mostrarle con aire picaresco á la hermosa Vanly, que se dirigía suavemente á la alcoba, adonde la hice una seña indicándole que iría en seguida, me dijo:

— Mejor será que mandéis llamar al médico.

Y alzando los ojos al cielo, salió de la sala.

De todo esto no comprendí ni una palabra; pero no por eso me detuve en averiguar qué quería decir, sino que cerrando en seguida la puerta, entré apresuradamente en la alcoba.

La hermosa Vanly estaba ya cerca de la mesa, en la cual se hallaba servida una agradable colación mezclada con frutas y flores, y se ocupaba en echar un licor sonrosado de una garrafa en otra.

Nada había visto más apetitoso que aquel licor de color de rosa: parecía rubí destilado.

— ¡Ay, querida mía! le dije al entrar: ¿podréis explicarme por qué alarma á todo el mundo mi actual situación, cuando soy tan feliz que nada tengo que

desear? Me han preguntado cómo me hallo y si no me siento mejor; me han aconsejado que mande buscar á un médico, y todo de tal modo, que á fe mía creo que me parezco al protagonista de una comedia francesa, que vi representar en Amsterdam, al cual quería convencer todo el mundo de que tenia calentura, y se lo repitieron tantas veces y de tal suerte que acabó por creerlo, y después de haber dado las buenas noches se fué á meter en la cama.

— ¡Oh! si no tuvierais más que calentura, murmuró Vanly, se cortaría en un momento con un poco de quinina.

— ¡Cómo, si no tuviera más que calentura! ¡Pero si no la tengo!

— Mi querido Alifafes, me dijo Vanly; ahora que estamos solos, ahora que no tenéis precisión de disimular, decidme francamente qué es lo que sentís.

— ¿Qué es lo que siento?... Siento el más ardiente deseo de deciros que os amo y sobre todo de....

— ¿Y no sentís nada en el estómago? preguntó Vanly.

— Nada absolutamente.

— ¿Ni calofríos?

— Ni calofríos.

— ¿Ni la inquietud que produce el cólico?

— ¡Vamos! ¡qué tontería! Ni aun cuando tuviese el cólera, me hariais más preguntas que las que me estáis haciendo.

— ¡Pues bueno; justamente! supuesto que habéis pronunciado esta palabra.

— ¿Qué?

— Se ha creído que durante la cena.....

— ¿Qué?

— Cambiabais de color, y llevabais muchas veces las manos al estómago, y después.....

— Ah, es que no pude resistir la vista de vuestros

ratones en miel, y luego, ya veis, aquel caldo de correreras... No estoy acostumbrado á esa clase de caldos. Y en fin, aquel aceite de ricino, aquel aceite de ricino... Pero todo pasó. ¡Vaya! ¡Buena idea está esa! creer que tengo el cólera, y, ¡no digo nada! en la primera noche de novios ¡vaya! ¡vaya!

— Pues sí, amigo mío, eso era lo que todo el mundo creía, y estoy en la convicción de que de los treinta amigos que acaban de irse, los veintinueve creen que mañana amanecéis muerto.

— ¿Muerto del cólera?

— Del cólera.

— ¡Oh! qué disparate.

— Como os lo digo.

— ¿Pero francamente: observáis?...

— ¡Ah!

La imaginación, caballero, es una cosa muy rara. ¿Creeréis que después de haberme reído de Basilio, á quien persuadieron que tenia calentura, me estuve tocando el estómago y el vientre, y que ya estaba por creer que tenia calambres y que iba á tener un cólico?

De todos modos ¡habia una cosa indudable, y es que me iba entrando frío; pero no así como así, sino en grande.

— Pobre amigo, me dijo Vanly mirándome con mucha compasión: afortunadamente el mal no ha hecho aun grandes progresos, y mi primer marido me dejó un remedio infalible.....

— ¿Para el cólera?

— Para el cólera, sí.

— ¡Oh, qué hombre! y bien, querida Vanly, esta es la ocasión de emplear ese remedio.

— Conque confesáis que.....

— Sí, empiezo á creerlo. Pero, ¿qué es eso?

— Vamos, tomadlo ; amigo mío, tomadlo : ya vienen los borborigmos (1).

— ¡ Cómo ! ¿ los borborigmos ?

Debo deciros que en francés, ¿ no es esto ? la palabra que acababa de pronunciar no es demasiado bárbara, pero en chino era mil veces peor : así es que cuando me dijo : *Ya vienen los borborigmos*, fué como si me dijese : « Ahí vienen los cosacos. »

— ¡ Los borborigmos ! repetía yo, mientras Vanly me conducía á una silla. Vamos, querida mía, y ¿ qué es lo que tengo que hacer ?

— Beberse de una vez un vaso de este licor sonrosado, que estaba preparando cuando entrasteis, previendo, querido Alifafes, lo que os está pasando ahora.

— Entonces venga el vaso ; venga el licor. ¡ Ay ! ya vuelven los borborigmos : ¡ pronto ! ¡ pronto ! ¡ pronto !

Vanly llenó un vaso y me lo presentó.

Lo tomé con mano trémula, me lo llevé á la boca y ya iba á beber el rojo licor hasta su última gota, cuando vi á Vanly palidecer y fijar los ojos en la puerta de la alcoba ; al mismo tiempo oí una voz muy conocida que me dijo :

— Por Dios, Alifafes, no bebáis eso.

— ¡ Schimindra ! exclamé, ¿ qué diablos venís á hacer aquí ?

— Vengo á pagaros lo que hicisteis por mí ; vengo á salvaros la vida.

— ¡ Ah, querida Schimindra ! ¿ vos también ? ¿ tenéis también algún remedio para el cólera ?

— No sólo no lo tengo, sino que sería inútil.

— ¿ Cómo inútil ?

— Sí.

— ¿ Conque no tengo el cólera ?

— No.

(1) Ruido de tripas.

— Y si no es el cólera ¿ qué es lo que tengo ?

— Lo que tenéis es... — Schimindra miró á Vanly que iba palideciendo por grados : — Lo que tenéis es una esposa envenenadora : ¡ eso !

Vanly lanzó un grito tan fuerte como si la hubiera mordido una serpiente.

— ¡ Una envenenadora ! repetí.

— ¿ Vais á prestar oídos á esta mujer ? me preguntó la mía.

Schimindra, dije moviendo la cabeza, se me figura que os excedéis.

— ¡ Una envenenadora ! repitió Schimindra.

Vanly se puso livida.

— Formemos la lista de los que habéis envenenado, señora, y veamos cómo lo habéis hecho.

— ¡ Oh ! venid conmigo, venid Alifafes ; exclamó Vanly.

— No : ¡ estaos quieto y escuchad ! me dijo Schimindra.

Y luego volviéndose hacia Vanly continuó :

— Envenenasteis al doctor, vuestro primer marido, con el baba de San Ignacio, tan común en Mindanao : envenenasteis al segundo, al mandarín, con el ticunas americano : envenenasteis al tercero, al juez civil, con el vocara de la Guayana. En fin, esta noche ibais á envenenar á vuestro cuarto marido, Alifafes, con el upas de Java.

— ¡ Mentis, mentis ! exclamó Vanly.

— ¿ Miento ? pues bien ; una vez que miento, bebo ese licor que habéis presentado á vuestro marido con el pretexto de que tenía el cólera.

Y tomando el vaso que yo había puesto en la mesa, se lo presentó á Vanly.

Yo creía que ésta le arrancaría el vaso de las manos y se bebería su contenido ; pero nada de eso ! echó á andar de espaldas, llegó á la puerta, la abrió y se puso en salvo.

Eché á correr tras ella.

¡ Oh ! querida Vanly, exclamé, no temáis ; volved, no lo creo ; ese no es posible.

— ¿ Que no es posible ? exclamó Schimindra desesperada en extremo al ver que no la creía : ¿ que no es posible ?

— No : y como yo no tenga una prueba...

— ¿ Y si os doy esa prueba ?

— Pero...

— ¿ Lo creeréis entonces ?

— No habrá otro remedio.

— Creeréis que esa mujer es una envenenadora, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— ¿ Y no la amaréis ya ?

— ¿ Que si no la amaré ? No sólo no la amaré, sino que la denunciaré, y la perseguiré, y la haré guillotinar, colgar, descuartizar.

— ¿ Lo juráis ?

— Lo juro.

— Pues bien ; la prueba... aquí está, dijo Schimindra. Y se bebió el licor de una sola vez, de un solo trago, antes que pudiera decirle :

— ¿ Pero qué es lo que hacéis ?

Lancé entonces un grito, porque al fin yo nada tenía contra la pobre Schimindra, más que el recuerdo de aquel pícaro mono... Pero dejando á un lado estos antecedentes, yo la amaba con todo mi corazón.

— Ahora vais á comprender, me dijo cayendo en mis brazos, por qué se había hecho correr entre los convidados el rumor de que estabais atacado del cólera.

Y en efecto, apenas había pronunciado Schimindra estas palabras, cuando la ví palidecer, y llevándose las manos al pecho, dió todos los indicios del más punzante dolor.

XXVII

Quinto y último matrimonio del tío Alifafes

CONCLUSIÓN

Cuando vi aquello no me quedó ya la menor duda : Vanly era criminal, y Schimindra estaba envenenada.

No tuve más que un deseo ; el de salvar á la infeliz que se había sacrificado por mí.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! exclamé : ¡ un médico ! ¡ un médico !

Y luego, como nadie respondía, porque Vanly había tomado muchas precauciones y la casa estaba enteramente desierta, abrí la ventana.

— ¡ Socorro ! repetí ; ¡ socorro ! ¡ un médico ! ¡ un médico !

Afortunadamente pasaba entonces un mandadero por el muelle : oyó mis gritos, dió conmigo y se puso á mis órdenes.

— Id por un médico, le grité, echándole una moneda de oro.

Recogió la moneda, hizo un movimiento con la cabeza, y soltó el trapo á correr.

Á los cinco minutos volvió con una especie de bonzo ó sacerdote chino, el cual curaba gratis en el pueblo, y era famoso entre la gente del puerto por su ciencia y santidad.

Pero aun cuando apenas habrían pasado diez minutos desde que Schimindra había tomado el veneno, el mal